

ESMERALDAS VERDES ORQUIDEAS NEGRAS GIRASOLES AMARILLOS

Rosario Alarcón Mondonio / Novela



PRÓLOGO

De la segunda parte del libro **“Esmeraldas verdes, orquídeas negras, girasoles amarillos”**, que nos ofrece Rosario Alarcón Mondonio emana, de manera irremediable, el perfume sutil de los jardines de Sucre.

Su atmósfera luminosa, sus espacios bucólicos donde, por lo menos hasta hace poco, se podía transitar la vida sin agotarla en enloquecidas rutinas.

La capital blanca, que no se ahorró en denominaciones, (Charcas, Chuquisaca, La Plata, Sucre) es, pues, el escenario donde el personaje central de la obra, Mara, alivia su espíritu estremecido por traumas pasados.

Y lo hace, a propósito de la boda de su hijo, Marcelo, y en contacto con una “típica familia del lugar, con profundas creencias religiosas, cariño familiar y apego a la comida picante”, de la cual, en el libro, se hace una deliciosa mención: los chorizos, las salteñas, el mondongo, la fritanga, la sopa de maní y, de modo especial, el picante mixto de pollo y lengua, con sus ajíes amarillo y colorado, acompañado de papas, chuño phuti y fideos con pasas blancas.

Disfruta Mara del contacto con los mayores, don Guido y doña Silvia, y de la risa fácil y de la frescura de los menores, Luzmila, Piti, otra Silvia, Consuelo, Isabel, Ricardo, Bernardo, Juan Pablo y varios más, y tiene tiempo, (¡qué cosa maravillosa tener tiempo!), para detener la mirada en el mantel amarillo de la tradicional mesa de comedor, y para repetir los versos dedicados a un amigo entrañable, un 15 de septiembre de un lejano 98; “Mar amarillo, tú”.

Entre airosos pasos de cuecas y agitadas rondas cargadas de risa y música, Mara hasta puede acordarse de su juventud en Sucre, del colegio añorado y de la atrevida y revolucionaria maestra de “faldas cortas y senos grandes, que hablaba de sexo sin tapujos y que, provocadora, discurría sobre el materialismo y el espiritualismo”.

Luego, entregado el hijo a la siempre impredecible aventura del matrimonio, retorna Mara a la ciudad de La Paz, con ánimo sereno y con, quien sabe, una mayor capacidad para reflexionar sobre las multicolores facetas de esa misteriosa entidad definida como ser humano.

Y es que, en la primera parte del libro, en absoluto contraste con la segunda, la protagonista enfrenta un prolongado drama, tan intenso como el que puede suponer el desarrollo de un romance con un psicópata.

Un hombre pulcro, dice el relato, de presencia distinguida, amable, poseedor de una gran cultura, pero con una mirada que, de pronto se endurecía, permitiendo atisbar un síndrome ominoso.

Un algo insondable y oscuro que sobrecogía y que revelaba, detrás de la fachada, un espíritu retorcido y desequilibrado, señalado por un oráculo inevitable.

Un hombre que, además, sobre sus elegantes corbatas, lucía una esmeralda verde.

Rosario Alarcón, psicóloga-psicoanalista de profesión, penetra en los intersticios de esa personalidad, y va narrando escenas que a veces se aligeran, según la historia refleje paisajes de la caribeña Cartagena de Indias, en Colombia, o del gran Buenos Aires, en la Argentina, y a veces se espesan cuando inquietantes relatos se van develando en la boca del propio Juan José, el amante de subyugante personalidad.

Relatos que, además, emergen con extraña naturalidad, como cuando se podría describir una puesta de sol, frente a una taza de café, con la dulce complicidad de un ser amado, o como cuando se podría hablar del embotellamiento vehicular (trancadera), en la ciudad de todos los días.

Transcurre la historia amena y sorprendente, y que no se fija demasiado en preconcebidas estructuras dramáticas y deja, al final, demasiados elementos para pensar que, queriendo o sin querer, acceden al espíritu y a la mente del lector.

Pero la historia, o mejor, las historias, (porque hay varias entrelazadas o yuxtapuestas), no terminan en sí mismas, sino que son rematadas con reflexiones entre psicológicas y filosóficas que, Rosario Alarcón Mondonio, fiel a su vocación, no aceptó que se les escaparan.

¡Ah!, y además, de tanto en tanto, la autora se da mañas para engarzar algunas creaciones poéticas, con títulos sugestivos como “La escarcha de tu recuerdo” o “Formas”, y otras que están ahí, como puestas al paso, para establecer una sintonía con los espíritus más sensibles.

Rosario Alarcón Mondonio abre, pues, con este esfuerzo, una veta de interesantes proyecciones, que tiene la base de su sólida formación en las denominadas ciencias o disciplinas del alma.

Salió el primer ejemplar de su creación literaria y ahora se pueden esperar otras creaciones más, porque este es un campo del que no es fácil escapar, una vez que se ingresa.

Arturo Archondo Asch

Rosario Alarcón Mondonio

**ESMERALDAS VERDES, ORQUIDEAS NEGRAS,
GIRASOLES AMARILLOS**

La Paz-Bolivia 2010

A mi tía Amelia que me enseñó el arte de la vida

PRIMERA PARTE: LA TRAGEDIA



Como es q' giro en torno a Juan

Capítulo I: El enamoramiento

El Sol se puso primero sobre la cama, y luego alumbró toda la habitación.

Con su voz cálida de Sol le dijo a Mara: “Ah, levántate, es hora de poner en marcha el día, basta de remolonear, ¿o piensas que el tiempo no te pasará factura?, ¡ponte las pilas!, ¿has olvidado que Juan José viene para la hora del almuerzo?”.

Es cierto, dijo ella y puso una mano fuera del acolchado, luego la otra; estiró los pies y el cuerpo como un gato que se revolviera de acá para allá o de allá para acá.

Sus ojos, aún clavados en el techo, le sugirieron la imagen de Saturno y sus anillos, y pensó, “¿cómo es que esos anillos giran alrededor del planeta?, ¿cómo es que la Luna gira alrededor de la Tierra?, ¿cómo es que yo giro en torno a Juan José?”.

“Son complicaciones pequeñas”, pensó, y luego todo

empezó a girar en torno a la vecina de abajo, y al patio, y a una escoba que revoloteaba sin piedad por los últimos rincones, al compás de los gritos de doña Teresa que retumbaban por toda la zona.

La doña, con sus mejillas hinchadas como zapallos y sus ojos negros desorbitados, caminaba como saltando entre las losetas del patio.

La puerta de su cuarto se abrió de par en par y los muebles y enseres de la cocina fueron saliendo creando un tremendo desorden.

El hijo de 16 años la seguía por detrás y, como la sombra de la madre, la imitaba en todos sus pasos y alaridos. ¡Un ratón!, un ratón gris invadió el espacio, y jamás se imagino ser el protagonista de las escenas insólitas que siguieron a continuación.

La dueña de casa, que vivía en el primer piso, se acercó a la ventana y desde arriba, con los pelos erizados y su cara de asco reflejándose en las baldosas, empezó a gritar, “¡maten a ese ratón, que asco, toda esa familia es un asco!, ¿por qué no sacan esos cachivaches de debajo de las gradas?, yo siempre he sido ordenada, en cambio esta chusma tiene todo desordenado, prefiero ver sapos y no ratones, ¡esas cajas de cartón, esos baldes sucios, esos...esas...!” y sus palabras se ahogaban en su garganta, que se achicaba de tamaño al ponerse más y más rabiosa.

Veinte minutos habían pasado y no había bastado la escoba; ahora eran los zapatazos que se escuchaban persiguiendo al



¡¡Vive ratón,
q' Tu existencia animal y su fíral no es incumbencia huma sino animal!!!

desventurado ratón, quién no sabía del inconsciente, ni comprendía por qué era desventurado y merecedor de aquella suerte desdichada...

Por suerte, oscureció de pronto, parecía que iba a llover, y el ratón se pudo mimetizar con el tiempo, y se libró de morir a escobazos o zapatazos. ¡Oh criatura indefensa!. Por esta vez le había salvado su camuflaje, blanco de la proyección del temor fóbico de aquellos seres que ni siquiera podían darse cuenta de que con matarle no bastaría para dejar de sentir miedo, y que éste se desplazaría a una mosca, hormiga, araña o quién sabe que otro bicho, objeto de sus miedos irresolutos.

Mara se alegró, “vive ratón, el sistema ecológico te necesita y aunque tu vivir sea a veces gris, será tu vivir, y no te preocupes por lo absurdo de la existencia humana, ya que tu existencia animal y su final, no es incumbencia humana sino animal”.

Capítulo II: El encuentro

Mara, de pronto, recordó la cara de Juan José, moreno, nariz alargada, ojos hundidos, poco pelo que dejaba ver unas orejas puntiagudas, labios delgados.

Los lentes negros de sol cubrían una mirada huidiza, que a veces quería aventurarse a mirar en forma transparente, pero que siempre terminaba como ocultando algo.

Algo que Mara aun no conocía, pero que presentía lo iba a saber en algún momento.

Era Viernes Santo.

Mara se disponía a preparar bacalao con garbanzos, un guiso excelente que deja trasminar la huacataya, la quirquiña, los tomates y cebollas frescos, el curry con su aroma a India, la papa imilla, negra por excelencia.

"Al hombre, se dijo Mara, se lo atrapa en la cama y con la buena comida"

Luego se preguntó, "¿qué me atrapó de él?. Por supuesto su cultura. Se podía hablar con él de tantas y tantas cosas, de los romanos, de los griegos, de derecho, de literatura, de filosofía..."

Su presencia para ella era exquisita, era como deleitarse bebiendo una copa de un buen vino tinto.

La mesa estuvo puesta para el almuerzo.

Sonó el timbre de la puerta anunciando su presencia, y Mara se apresuro a abrirla, pues estaba deseosa de compartir la comida con aquel abogado que le había conquistado el corazón, y alborotado las hormonas.

En la puerta se dibujó su figura.

¡Qué hombre, caramba!

Vestía un fino terno gris, y llamaba la atención por su exquisito perfume, y una corbata de color amarillo donde lucía un pisa corbata con una esmeralda verde.

Su color recordaba el verde Brasil, el Amazonas, ¡ah!, el montículo de Sopocachi y, ¿por qué no?, la caja de Pandora, la esperanza y muchas cosas imaginarias y simbólicas entrelazadas en la memoria.

Las manos se estrecharon y Mara sintió el fuego de la pasión que empezaba a crecer por Juan José.

Ambos, ya en la mesa, disfrutaron de la comida y luego



Juan José

de la entre mesa que derivó en una plática sobre Cartagena de Indias la que fue motivada, justamente, por la esmeralda que traía puesta.

La joya, según explicó Juan José, había sido un regalo de su esposa ya muerta.

Mara pidió que le hablara de ella y de Cartagena, pues había escuchado varios comentarios de la belleza de esa ciudad: el mar, los piratas, el fuerte, los cafés, la langosta, las estrellas de mar, los caballitos de mar, las noches calurosas, la salsa, el aroma a Caribe, el lugar de nacimiento de Gabriel García Márquez, la ciudad vieja, la ciudad nueva, y Juan José la complació, agregando el tema de la mujer colombiana, y mostrándola como una mujer bellísima, alta, de tez blanca, ojos grandes, cabello castaño, y unas medidas que la mostraban como el elixir de los dioses.

Juan José le relató que, como abogado, había conocido a don Agustín, otro hombre de su profesión, en uno de los seminarios y coloquios a los que asistía, y en los que se distinguía por sus dotes de orador.

Le contó que, después de uno de esos encuentros, fue cortésmente invitado por don Agustín a su casa a cenar, y que allí conoció a Beatriz, su hija, quedando prendado inmediatamente de su inteligencia y de su belleza.

"En aquel momento me dije, relató Juan José, que me transformaría en un Dante ante la belleza femenina, me conformaré con verter una copa de champaña en su zapatos y tomar de ahí por su salud, por su belleza, por su delicadeza, por su voz..."

Sus pensamientos se elevaron al recordar a las varias mujeres que habían pasado por sus manos y ante las cuales se vio desnudo.

Sin embargo con Beatriz era diferente.

Algo le calaba los huesos, le excitaba y le enloquecía.

No era un éxodo de golondrinas, no era un gato que salía por el tejado en la noche, era algo entre humano y sublime, entre real y ficticio, era estar en el cielo y en la tierra, era el día y la noche.

Después de tan sublime encuentro, dijo Juan José, nos vimos visitando Cartagena en una semana inolvidable.

La brisa del mar se entrelazaba con el andar de Beatriz; su figura envolvía todo a su paso; su caminar, su rostro, su respirar, su conocimiento de la ciudad, sus pasos delicados sobre la muralla de San Felipe, y el café que tomaron ante una puesta de sol esplendorosa, con un horizonte glamoroso.

Todo ello, recordó Juan José, me dio el valor de pensar, ¿por qué no me caso con esta mujer de cabellos rizados y largos?.

Se lo propuso de frontón, en el calor de la noche estrellada, y el sudor de mi espalda se petrificó como roca volcánica cuando ella aceptó mi propuesta y dijo, con naturalidad, que había que comunicarle a su padre inmediatamente.

El único obstáculo podía ser la separación de su familia, y saber que tendría que vivir en Bolivia, en la ciudad de La Paz, sabiendo que era el lugar de trabajo de su futuro esposo.

Capítulo III: Los regalos de boda

El relato de Juan José continuó refiriéndose a la fiesta de boda que se había celebrado en un lujosísimo hotel de Cartagena, junto al mar, y que había reunido a personajes de Bolivia y de Colombia.

Hubo, aquella noche, derroche de comida y de bebida y, sobre todo, la alegría de dos seres que se sentían plenamente compenetrados el uno con el otro.

Cuándo ambos se retiraron al aposento del mismo hotel dónde pasarían la noche, los dos se sorprendieron con sendos regalos, uno envuelto en color púrpura y el otro en color rojo intenso.

Para él un pisa corbata con una esmeralda originaria de Colombia, y para ella un collar de oro y esmeraldinas verdes.

Ambos rieron y festejaron con el verde esperanza de las piedras, y de aquella noche que mostraba las luces de la

ciudad de Cartagena de Indias y la brisa cálida perpetua.

Ese fin de semana Juan José y Beatriz decidieron ir al Parque Nacional Natural de Corales llamado el Rosario, ubicado a unos 45 kilómetros de la bahía de Cartagena, para disfrutar de los manglares, los arrecifes de coral, la playa arenosa y las praderas de pastos marinos, además de la flora y la fauna del lugar, llena de peces de diferentes formas y colores, crustáceos y moluscos, erizos, estrellas y caballitos de mar y, mirando hacia el cielo, aves como el pelicano y el ave lobo.

Beatriz comentó que este parque contaba con una extensión de unas 120.000 hectáreas, comprendiendo la plataforma submarina, los arrecifes de coral, las islas de Barú, del Tesoro, del Pirata, del Rosario, de Múcura, de Maravilla y otros ecosistemas asociados como los pastos marinos y las numerosas especies de algas y animales que habitan en esta superficie. Las islas del Rosario, comprendían un archipiélago compuesto por 27 islas ubicadas a unas horas en lancha desde Cartagena, o a 45 minutos en avión.

El manglar lleno de vegetación, la arena blanca en sus playas y la formación coralina reconfortaban el alma, y el reflejo de tonos azules y verdes del mar hacían que el amor se asomara a cada instante por cada poro de la piel.

Ambos pudieron apreciar los tres ecosistemas de las islas: lagunas costeras, manglares alrededor y bosques secos tropicales al interior.

No solo comieron langosta en Isla Grande sino que



Ambos rieron y festejaron con el verde esperanza...

establecieron conversación con los pescadores de Isla Barú quienes se dedican a la agricultura del coco y a la pesca, no solo de peces, sino también de cangrejos, camarones y caracoles.

El amor de Juan José y Beatriz era un manglar ubicado entre el mar y la tierra, o tal vez un bosque seco tropical con diferentes especies de árboles que pierden sus hojas en verano, nutriendo el suelo, para reducir la pérdida de agua y poder vivir durante la temporada seca.

El amor de ellos era como una medicina contra la soledad, semejante a muchos árboles del bosque que son usados con fines medicinales.

Y así, idealizando su amor, comparándolo con la naturaleza, llegó el momento de retornar a Cartagena de Indias, pasando por La Bodeguita, en la zona de embarque y desembarque del muelle.

Por el camino, los delfines les dieron el adiós a los visitantes, con sus chapuzones y acrobacias, y con sus colas en alto.

Oyendo atentamente el relato de Juan José, Mara pensó, "ahora sí que estoy enganchada en la tontería..."

El fantasma de Beatriz atravesó su mente para hacer gala y bailar con ella al son de una salsa agridulce.

Ante su imagen se sintió disminuida, pensando en si su belleza podría competir con el recuerdo de la muerta.

De la comparación imaginaria sus pensamientos saltaron

al negativismo y de allí al fondo del mar muerto con su lúgubre aspecto, pero pronto reflexionó, "es cierto que no tengo por qué compararme con nadie y, por último, ella ya estiro los zapatos, ya murió y, por cierto ¿ cómo murió?, ahora mismo se lo pregunto. ¿Dime, Juan José, como sucedió la muerte de esa mujer tan bella, que aún muerta produce celos en mí por parecer tan viva?

La respuesta se dejó escuchar como un murmullo suave diciendo que, primero, al llegar a Bolivia fueron a conocer Tiahuanaco, cultura precolombina del Altiplano, destacada por sus esculturas monolíticas y la arquitectura en piedra; les acompañó una arqueóloga boliviana, doña Marta, que les comentó dos experiencias subjetivas, muy interesantes, que tuvo en Tiahuanaco.

Doña Marta estaba cavando en uno de los lugares sagrados y de pronto escuchó a un grupo de gente hablando en aymara.

Levantó la vista para ver de quiénes se trataba, y advirtió que delante de ella estaba un hombre que parecía un antiguo Tiahunacota, vestido con sandalias y tiros hasta las rodillas, y una especie de falda corta de colores intensos a rayas.

Era muy, muy alto, con una tez morena, del color de la tierra, cerámica pura, y ojos penetrantes; dos trenzas negras pendían de sus hombros, y un gorro colorinche cubría su cabeza, frente y orejas; parecía un chamán, un dios caído del cielo o extraído de la tierra misma.

Más allá, en el templo, había una multitud, mucha gente, hombres, mujeres, niños.

Se ofusco, quiso recoger sus herramientas de excavación y, entonces, al levantar la mirada, todos desaparecieron en un respirar.

Se frotó los ojos, pensó en una posible alucinación, se le cayeron los instrumentos, corrió dónde estaba su grupo de trabajo y contó lo sucedido. Al día siguiente encontraron en el lugar de la aparición un medallón tiahuanacota de color azul pálido con la cruz andina.

Algún tiempo después, una noche lluviosa y ventosa, los trabajadores, que seguían instrucciones de doña Marta, armaron las carpas e instalaron las bolsas de dormir.

El frío era tan intenso que las bolsas apenas los cubrían; frío de navaja que corta las noches en varios pedazos helados de tul negro.

Doña Marta quiso orinar y por esto se alejó bastante del grupo.

Cuándo consiguió descargar la vejiga, levantó la vista y vio a dos ancianos sentados sobre una roca; se acercó porque aquellos le hacían señas para que se aproximara; ellos hablaban aymara y doña Martha no entendía lo que le querían decir.

Caminaron hasta Akapana, la pirámide, y allí, a cierta distancia, observó una sombra negra, con cabeza, patas y cola, que se movió en la oscuridad de la noche, más oscura que de costumbre porque la luna había sido tapada por las nubes.

El felino grande se deslizó hasta alcanzar un borde del palacio de Kalasasaya y se introdujo por una esquina. "Chacha Puma, Chacha Puma" repetían los ancianos.

Doña Martha estaba pasmada de asombro y miedo. Cuando quiso preguntar más a los ancianos estos ya no estaban, se habían esfumado.

Comentó su experiencia con una amiga y cuando excavaron en esa esquina encontraron una escultura del puma negro, mitad animal, mitad humano, guardián y defensor de Tiahuanaco, y en su forma animal, guardián de las ruinas del Cuzco.



¡¡ Chacha Puma, Chacha Puma, repetían Los ancianos!!!

Capítulo IV: La muerte de Beatriz

Bolivia, la ciudad de La Paz, cuyas calles del centro muestran casi siempre un caos de autos y personas que van y vienen..

Barrios típicos, con un centro histórico y antiguo que da cabida al casco viejo, donde se encuentra la Plaza Murillo, dejando ver el Palacio de Gobierno y el Congreso Nacional.

Más abajo la Iglesia de San Francisco y, junto a ella, la Plaza de los Héroes y la Pérez Velasco, áreas de expresión de organizaciones sociales que generalmente protestan contra los gobiernos

La avenida 16 de Julio que alberga a El Prado con jardines y un paseo peatonal.

En Miraflores el parque Laikakota, desde cuya cima se puede ver la ciudad y el puente de Las Américas que une los barrios de Miraflores y Sopocachi, barrios residenciales y de la bohemia por albergar lugares de distracción nocturna.

San Pedro que alberga al Mercado Rodríguez, uno de los más antiguos, que ofrece verdura y fruta fresca, y pescados como el pejerrey, el sábalo y la trucha traídos del lago Titicaca, o el sábalo proveniente de los ríos del oriente.

En la Zona Sur los barrios de Obrajes, Calacoto, Achumani, Cotacota, Chaskipampa, Ovejuyo ubicados casi al pie del nevado Illimani, además de San Miguel, Los Pinos, Irpavi y Alto Irpavi, que se bifurcan por el sur, abrazados siempre por cerros de diferentes formas y colores.

"En esta ciudad, dijo Juan José retomando su relato ante la atenta mirada de Mara, presenté a Beatriz a todos mis colegas abogados que, por cierto, se quedaban admirados de su belleza".

"Admirados y un poco envidiosos porque, además de una esposa linda yo tenía uno de los mejores estudios jurídicos de La Paz, y todo ello hacia que mi prestigio social creciera".

"Como una cosa lleva a la otra pronto nos vimos invitados a todas las fiestas y reuniones de gente ligada a embajadas y organismos internacionales, que se sentían privilegiados con nuestra presencia".

"Sin embargo, dentro de toda esta armonía, no faltaban buitres que acechaban".

"Una noche, un 14 de julio, fuimos invitados a una cena de gala en la embajada de Francia, donde nos invitaron unos buenos quesos y unos mejores vinos".

"Escuchamos la música de Edith Piaf y cantamos la Marsellesa y, cuando el grupo estuvo más reducido, cantamos La Vie en Rose, Padam Padam, Nome quites pass, non, Je ne regrette rien..."

"En la fiesta, de pronto, noté que Alberto, el sobrino del embajador, no le quitaba de encima los ojos a Beatriz, cosa que ya había pasado en anteriores recepciones".

"Esa noche su atrevimiento fue más allá pues, al bailar, vi como la tomaba de la cintura, la estrechaba contra su cuerpo e introducía su pierna derecha por entre las piernas de mi mujer".

"Más tarde, más osado aún, vi como la acompañaba al toilette, y entonces me empezó a ganar un sentimiento de ira al imaginar que juntos se estaban burlando de mi".

"Los celos me atravesaron el alma y el corazón, como un flecha envenenada con cicuta".

"Al llegar a este punto del relato, rememorando su angustia y su rabia, Juan José volvió a sentir que los nervios de su rostro se endurecían.

Que en él se repetía la tragedia de Otelo, el personaje de Shakespeare, cuyo libro era uno de los que estaba en la cabecera de su dormitorio".

Que los celos lo abrumaban porque Alberto, un muchacho más apuesto y joven que él, con más vigor y más seductor, parecía haberse ganado a su esposa.

Beatriz por su lado, sin percatarse de la tragedia que se avecinaba, empezó a desvestirse ante el espejo; sacó cuidadosamente de su cuello el collar de esmeraldas, y lo dejó caer sobre el tocador; se quitó las medias negras pantys y el vestido de raso negro, del cual pendía un moño verde.

Juan José, mirándola tan tranquila y, al parecer, con un aire tan cínico, empezó a increparla por el baile con Alberto; ella, serenamente, contestó, que se estaba imaginando cosas movido por sus conocidos celos, y que no iba a dejar que ello la afectara.

Despreocupada por las acusaciones de infidelidad, Beatriz no prestó atención a la metamorfosis que se estaba produciendo en su esposo:

En efecto, el cuerpo de Juan José se había crispado, sus ojos se habían puesto saltones, enrojeció su cara, sus pelos se pararon, sus manos se agarrotaron, las palpitations de su corazón aceleraron sus pasos y, acercándose sigilosamente por detrás de ella, le puso las manos en el cuello y la volteó sobre la cama.

Ella al principio creyó que el jugaba, pero la falta de oxígeno en sus pulmones y la compresión cada vez mayor en su garganta, le decían que la cosa iba por otro lado.

Quiso gritar y no pudo, pataleó y le pegó desesperadamente con las manos, pero todo fue en vano.

La fuerza bruta del moro boliviano le ahogó todos los pensamientos, todos los placeres de la vida, y se entregó sin remedio a la muerte.



Ella al principio creyó q el Jugaba

En minutos su vida se había ido.

La muerte, vestida de negro, tomo su mano y la llevo por el túnel del no regreso.

Su mirada solo alcanzó a ver, por última vez, el jardín de orquídeas que estaba en la sala contigua a su dormitorio, las cuales se tornaron de pronto, negras, tan negras como carbón quemado.

Una orquídea exudando una gota de rocío en uno de sus pétalos le dijo adiós, y todo terminó.

Juan José, asustado por lo que había hecho, retrocedió, se tomó con las manos la cara y lloró.

Lo que más amaba se encontraba inerte sobre la cama; ella, la dulce Beatriz de Cartagena, estaba muerta.

Miraba una y otra vez sus manos, no pudo entender de donde había sacado fuerza y coraje para realizar semejante acto.

Aturdido y confuso, trató de imaginar la manera de encubrir su crimen, y lo único que se le ocurrió en ese momento de locura, fue la absurda idea de introducir en el cadáver, por la boca y por el ano, somníferos para que los exámenes, que seguramente iban a hacerse, mostraran no un asesinato, sino un suicidio.

Después de varias horas de estar sentado junto al cadáver de su amada, tomó la decisión de llamar al doctor Velarde,

su mejor amigo desde la época del colegio, quién, inmediatamente, acudió a su casa.

Luego de superado el primer impacto ante el cuadro de la tragedia, y de un largo momento de discusión y de tratar de calmar las sucesivas crisis de nervios de Juan José, el doctor Velarde le convenció de que no podía entregarse a la policía porque, si hacía eso, inevitablemente le esperaba la cárcel por muchos años.

Y entonces surgió, súbitamente, la idea de la cremación.

Quemar el cadáver para borrar las huellas del cuello, y de los brazos y otras que revelarían los signos de forcejeos y golpes que habían ocurrido durante el asesinato...

Pero eso no era fácil porque ese acto exigía de formalidades que debían cumplirse necesariamente.

Todo, sin embargo, lo arregló el certificado de defunción elaborado por el doctor Velarde, que mencionaba un infarto súbito al corazón, cosa que efectivamente había ocurrido luego de la asfixia, su influencia como profesional y cierto arreglo económico que no se pudo dejar de lado.

Después de dos días, el crematorio recibió el cuerpo de una mujer blanca, hermosa, que ya no pisaría más suelos bolivianos, ni colombianos.

Y fue Desdémona, y fue Beatriz, y fueron los celos psicóticos que poseyeron a Juan José. y lo transformaron de libélula en lobo, de picaflor en cocodrilo, de persona en

cucaracha, de hombre en animal con siete cabezas de víbora y cola de lagarto, con escamas y con garras en los pies.

Ahora lo hecho estaba hecho, no se podía pedir peras a los olmos.

Capítulo V: El castigo

La cremación había eliminado la posibilidad de peligrosas investigaciones, pero luego llegó la culpa, castigo humano por excelencia, cuyos orígenes se remontan a la génesis de la vida humana misma.

Un sentimiento de culpa con su manto negro envolvió a Juan José, y lo arrastró al fondo lúgubre de las tinieblas del infierno, que se manifestó en la tierra con una sucesión de remordimientos, dudas y cavilaciones que no le permitían descansar de ninguna manera.

Y, además la angustia convertida en un abejorro sobre su cabeza no le dejaba dormir y sus pensamientos se dirigían a pensar cómo avisar a don Agustín, padre de Beatriz, la noticia de la muerte de su hija.

¿Cómo hacerlo?

Recordó que don Agustín, lo mismo que Brabancio, padre de Desdémona, le había advertido que sí algo le pasaba a su

hija en Bolivia, le responsabilizaría a él, y que dejaría de ser abogado para advenir en matón, que le podría llegar a meter cien tiros y evaporarlo de la tierra de un soplo.

Como un dios Eolo, iracundo y por venganza, lo castigaría transformándolo en agua evaporada que volvería una y otra vez a la tierra a fundirse con las aguas de ríos y mares, para que los vientos lo llevaran a las alturas celestiales, y de ellas nuevamente a las profundidades marinas, en un ciclo repetitivo de tortura y castigo.

Le haría cargar la piedra de Sísifo, le condenaría a la rueda de Ixión, invocaría a la Pachamama a través de las hojas de coca para que triturara su espíritu en pedazos, y haría que sus restos fueran escupidos por una llama a orillas del lago Titicaca.

¿Qué castigo le esperaba?

La idea de que el remordimiento no le permitiría olvidar jamás, y de que su historia se escribiría como la de alguien que no tuvo ni pasado, ni presente, ni futuro, le hizo temblar.

De cualquier manera, el entierro se realizó rápidamente y, después de recibir los sentimientos de amigos y allegados, no le quedó más remedio que coger el teléfono y llamar a su suegro para darle la terrible noticia.

No pasaron ni seis horas y ya don Agustín se había hecho presente en la ciudad de La Paz.

Sin ojos para mirar el hermoso Illimani y el manto blanco

que lo cubría, ni ver la formación rocosa conocida como la Muela del Diablo, en el paisaje paceño, se dirigió de inmediato a la casa del abogaducho, situada en la Avenida Arce No. 530.

En el encuentro, lo tomo violentamente del brazo y le dijo, "¡bastardo, qué hiciste con mi hija! ¿Por qué no esperaste a que yo llegará para recién cremar su cuerpo? ¡Estoy seguro de que tú mataste a mi hija, y si yo no te mato en este mismo instante es porque todavía tienes que recibir en esta vida un castigo tremendo! No me iré de esta ciudad hasta recabar todos los antecedentes de la muerte de mi hija. Quiero decirte eso, y además advertirte que por ningún motivo puedes venir a Colombia, a ninguna ciudad, porque yo estaré pendiente para hacerte liquidar cabrón! ¡Ahí haré que te corten en pedacitos y te den vivo a los tiburones del mar para que seas comido en presencia mía".

Don Agustín dio un portazo y salió de la casa, tomo el mismo auto negro que lo esperaba y se dirigió al hotel que lo hospedaba.

Allí realizó algunas llamadas para contratar a una agencia de detectives y a un estudio de abogados para que investigaran en detalle lo ocurrido con su hija.

Luego de visitar el cementerio donde yacían las cenizas de Beatriz, abrumado por el dolor, regresó a Cartagena a consolar a doña Ana, su esposa, la cual no había podido viajar por hallarse muy delicada de salud, y sin capacidad para subir a los 3.600 metros de la ciudad de La Paz.

Desconsolado, y cada vez más ahogado por el remordimiento y la culpa, Juan José se fue a refugiar a su estudio jurídico, a dedicarse exclusivamente a su trabajo, aun sabiendo que estaría en la lupa de gente que lo investigaría constantemente.

Pasó el tiempo y, diez años después de los sucesos y treinta años menor que él, apareció Mara, a quién le estaba narrando su terrible historia.

Mara le había ido escuchando con enorme atención y, a medida que el relato transcurría, innumerables y diferentes emociones la habían ido conmocionando.

Asombro, incredulidad, desazón y hasta una especie de pánico que no saltaba a su rostro, pero que se escondía en el fondo de su médula espinal.

Un sentimiento de susto que le hizo palidecer cuando reconoció que estaba enamorada ¡de un asesino!.

Si lo que le decía Juan José era verdad, y no había razones para pensar lo contrario, ella estaba a punto de profundizar sus lazos sentimentales con un asesino.

Con una persona que, con mucha naturalidad, como quien narra una experiencia ordinaria, le hablaba de que, en un momento de ira, rabia y celos había quitado la vida a un ser humano.

Y, más todavía, a un ser humano, a una mujer que le quería, y a quien él también amaba intensamente.

¿Cómo era posible aquello?

Mara se había quedado sin palabras, sin ánimo para preguntar nada.

Su corazón se estremeció y por un momento sintió que el mundo de esperanzas que se había ido forjando con ese hombre, se venía abajo, como un castillo construido de naipes que, al primer soplo de viento, se derrumbara sobre la mesa.

Intuyó, en aquel momento, que necesitaba más tiempo para pensar, para reflexionar, para entender y analizar mejor lo sucedido.

¡Juan José, tan pulcro, tan cortés, tan suave y seguro, y que con ella había echado galas ante sus amigos y conocidos, ¡no era más que un asesino!

Decidió no mostrarse turbada, conservar la calma y como para cambiar de tema propuso escuchar música brasilera.

Comentó que en esa semana, el día Viernes concretamente, la orquesta sinfónica interpretaría la Sinfonía No. 9 de Beethoven, y que sería muy bueno ir para disfrutar de toda la obra y, particularmente, de la maravillosa exuberancia del Himno a la Alegría.

Acudieron, en efecto, el día Viernes al teatro, y valoraron la excelente dirección del maestro David Händel y la muy buena interpretación de los músicos, llenando el ambiente con las notas sublimes de la más conocida obra del maestro alemán.

Luego, Mara y Juan José salieron y fueron a tomar un café en un simpático lugar ubicado entre las calles Yanacocha y Potosí, en el centro de aquella ciudad, que de noche congelaba los huesos y de día ardía como cualquier desierto del mundo.

Después caminaron hasta la plaza San Francisco, lugar de las grandes asambleas populares y centro de reunión de trabajadores y de amas de casa que hacían sus compras en el mercado Lanza.

Pasaron por la antigua iglesia que, iluminada por algunos focos de gran poder, traía reminiscencias de su pasado colonial, luciendo figuras de un tradicional barroco mestizo, talladas por las mismas manos que habían edificado Tiahuanaco.

La noche dejaba traslucir una luna blanca, cuyo resplandor se asentaba en las baldosas de las calles.

Los pasos silenciosos fueron traspasando las aceras, y al llegar a la casa de Mara, decidieron tomar una copa de vino y unos bocaditos.

Ella se había tranquilizado un poco de las brutales revelaciones de Juan José, y esperaba a ver, con cierto recelo, en qué terminaría todo.

Se acomodaron al calor de la chimenea y allí, inducido por el vino y por el acogedor ambiente, Juan José comenzó a hablar de una otra esposa que había conocido, esta vez en Buenos Aires, Argentina.



Luego fueron caminando hasta La plaza San Francisco...

Al escuchar el nombre de la ciudad, Mara se sintió invadida por una gran nostalgia.

Recordó a su Buenos Aires querido, sus esforzados estudios de psicología en la Universidad de Belgrano, sus compañeros y compañeras, Freud y Lacan a la luz del microscopio, las luchas con los cognitivos, las clases de estadística, computación, arte, sociología, filosofía, ecología, comunicación, las idas y venidas del trabajo a la universidad y de la universidad al trabajo, a los hospitales, a las prácticas, y todo aquel mundo de esfuerzo, estudio, trabajo y responsabilidad.

Frente al hombre con quien compartía en ese instante el fuego de una chimenea, y que con sus terribles revelaciones la había dejado sin palabras sumiéndola en un mundo de incertidumbre, recordó a un compañero gaucho que por diez años la había acompañado y que también era abogado.

"¡Cómo extraño su compañía!", pensó Mara y a continuación rememoró aquella poesía escrita un 22 de Junio del 1998 y que decía:

LA ESCARCHA DE TU RECUERDO

HOY la lluvia cae como escarcha,
sobre la ventana se congela y como
estalactitas deja ver miles de gotas
congeladas sobre el marco de la ventana.

HOY me acerco para arrancar una de ellas,
llevarla a mi boca sedienta y congelar
mi lengua y paladar para sentir acaso
el agua deslizarse sobre mi interior.

HOY, así pues, son los días lluviosos de
Valle Grande y cuando el frío azota con
su látigo aquel verdor del valle se transforma
el verde en blanco y el frío penetra en cada
hueso y se evapora por los poros calientes de la piel.

HOY la escarcha se deshace lentamente y el suelo
la absorbe como tú absorbes mis pensamientos
de vez en cuando, tú que me hiciste sentir tu
perfume como lluvia fresca al amanecer.

HOY, tú ahora sólo eres como esa escarcha sobre mi mente,
las gotas de tu recuerdo están congeladas aún
en el marco entre mi pensar y sentir,
en el marco entre mi cuerpo y mi alma.

HOY, y así cómo se espera un tiempo para el
descongelamiento, yo espero un tiempo
para que tu ser se desvanezca por los poros
internos de mi ser y el deseo por ti se evapore.

HOY, y así la lluvia me dice que es Primavera,
tu escarcha, tu recuerdo me dice:
Ya no regresaré, olvídame,
Buenos Aires es ayer, hoy La Paz está aquí.

Mara siguió el hilo de la madeja de sus pensamientos y

sintió que aún los ojos negros grandes y gauchescos de M.O.J. se reflejaban en aquellas aguas serenas que alborotaron un día su espíritu; el amor se fue por un tubo, por el sendero del olvido y solo quedó el recuerdo del amanecer rojizo cuando le propuso ser su amante.

Por esos tiempos pasados y al principio, Mara sintió que miles de mariposas de diferentes colores revolotearon por su mente y en un instante el mundo del río de La Plata se hundió en su mundo, por segundos, por instantes su andar fue su andar, su mirar fue su mirar, su sentir fue su sentir, su desear fue su desear, y la gaviota blanca del río bonaerense lo confirmó al deslizarse por el oleaje de su vida.

Las algas verdes marinas del río se deslizaron al mar e irrumpieron en la roca playera de Mar del Plata y en el horizonte el azul celeste se entremezclo con el cielo y con sus sentimientos.

Los surcos marinos trazados por las olas hicieron que la ilusión se apodere de ella y que idealice el amor gauchesco que se fue como vino con coplas ora alegres ora lúgubres y con sombras de nubes negras que avanzaban a pasos gigantescos marcó el fin; y todo hizo que la esperanza se pierda entre las piedras; el velo del amor cayó y se zambulló hasta el fondo del mar; dejó así de soñar con él que una vez le hizo sentir tan bien y que ahora ya no esta presente y no estará más aquí, al alcance, a la mano de la vida, para decir que lo que vale es un hombre de carne y hueso a la mano para una mujer y viceversa para un hombre.

Hoy por hoy, paso mucha agua por debajo del puente de

la vida y Tales de Mileto le habló al oído: recuerda que un mismo hombre no puede bañarse dos veces en las mismas aguas de un mismo río.

Capítulo VI: Muerte de Clara

Mara regresó abruptamente de su recuerdo rioplatense y escuchó otra vez a Juan José que esta vez le hablaba de Clara, y entonces, más claro que la luna llena, apareció un nuevo fantasma, para obligar a hablar a alguien que ni siquiera sabía que hablaba, pero que sí hablaba su verdad desde lo más profundo de su ser.

Y fue así que conoció los pormenores de un nuevo asesinato, y de un cuerpo de mujer desnudo, el de Clara, dentro de una movilidad desbarrancada desde el montículo de San Pedro.

El drama se había repetido, esta vez con la joven argentina que había accedido a vivir en un futuro en la ciudad de La Paz, sin presentir que, lo mismo que la colombiana Beatriz, su destino fatal estaba sellado.

Después de una cena en un hotel de lujo en Mar del Plata, los celos de Juan José habían reaparecido con tremenda fuerza, desquiciándole y llevándole a perpetrar el segundo atentado.

La camioneta había sido empujada al vértigo de las rocas para dar paso a una canción triste de amor que escuchó el universo, y que repitió el maldito oráculo: "tú crearás tu propio destino porque Zeus lo predijo antes de que nacieras", y sólo los grandes de espíritu, grandes en su ser, habrán de subvertirlo y enfrentarlo por tener la fortaleza intrínseca para hacerlo, para conducir la vida con decisiones coherentes y por el sendero del justo medio, dejando de lado el mito del sino del oráculo de Faetón, el hijo del Sol.

Parafraseando a Ovidio, "Nitimur in vetitum Semper cupimusque negata, sic interdictis inminet aeger aquis", una fuerza oculta y desconocida lo arrastró contra su voluntad, y una cosa le aconsejó el deseo, otra la razón, vio lo que creyó mejor, lo aprobó e hizo lo peor.

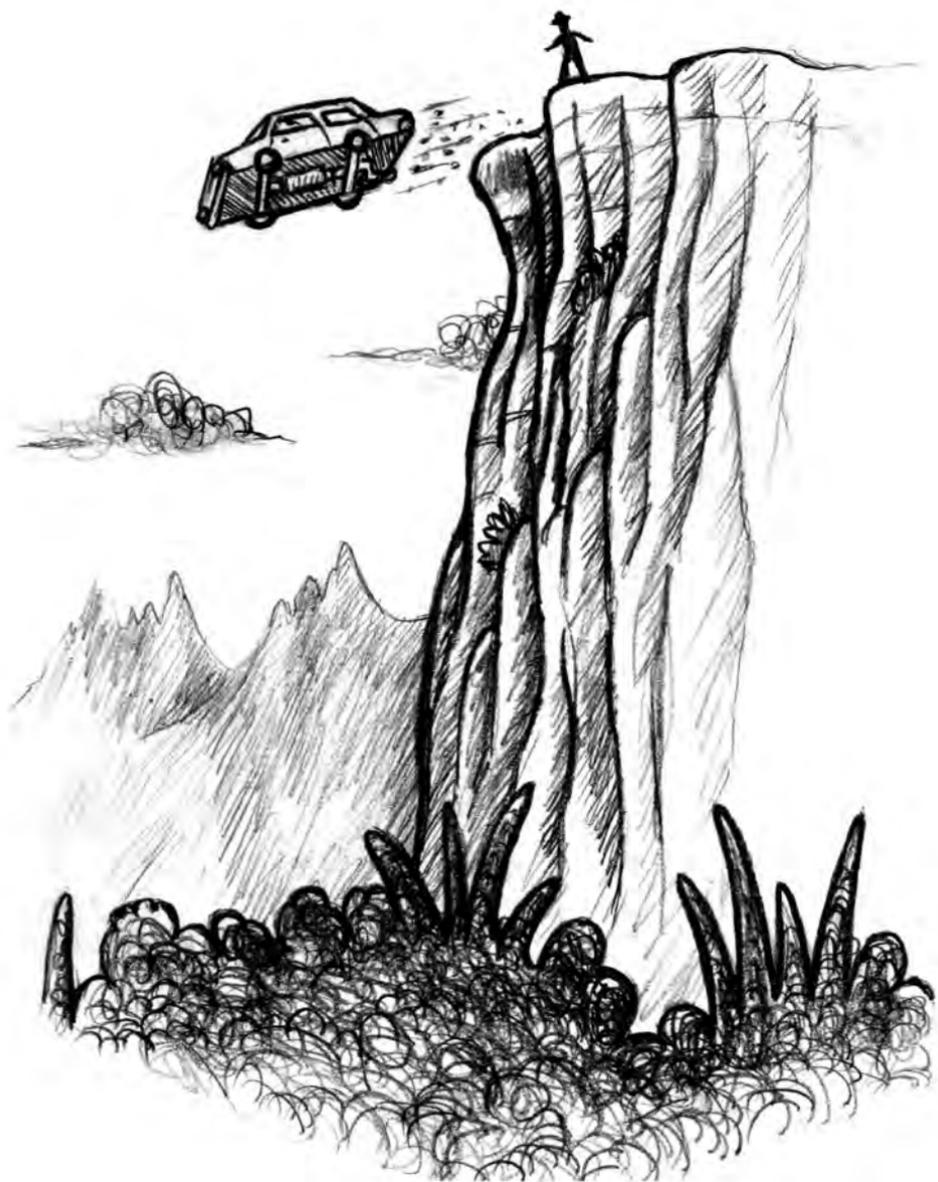
¡Qué sabe el pez del agua dónde nada toda su vida!

Nos lanzamos siempre hacia lo prohibido y deseamos lo que se nos niega; así Juan José acechó las aguas prohibidas y de aquello que creyó estar más lejos estuvo más cerca.

Clara había nacido en Mar del Plata y vivido mucho tiempo en su tierra natal antes de irse para Buenos Aires.

Su vida había sido tranquila en la ciudad de los lobos marinos y en sus playas veraniegas preferidas por todas las clases sociales para hacer turismo y tomarse unos días de descanso, playas que habían sido navegadas, por primera vez, por Fernando de Magallanes, en 1519.

Ella paseaba siempre por la Rambla de la Playa Bristol,



Qué sabe el pez del agua donde nada toda su vida...

para tomar sol, dejar que su mirada se perdiera en el horizonte y soñar; componer música con la imaginación y desplazar sus pasos uno por uno hasta el puerto; comprar pescado y mirar a los dichosos lobos marinos que frente a las embarcaciones tomaban sol y emitían sus sonidos característicos, que llegaban hasta su oído bien preparado para una buena acústica.

De regreso tomaba el camino de la avenida Peralta Ramos hasta llegar a una de las torres de Manantiales donde tenía su departamento; caminaba con paso rápido y con un pulóver típico de invierno, ya que esa mañana el termómetro había marcado 7 grados centígrados, aunque se anunciaba que la temperatura subiría hasta los 38 grados.

Ese día había comprado hortalizas, como tomates, pimientos, arvejas, espárragos y también papas y batatas, para hacer su propia comida.

Estaba contenta de pensar en que pronto ella y Juan José, con quien se había casado, viajarían por las distintas playas de la costa, como ser Villa Gesell, Pinamar y Mar de Ajó.

Recordó que, en una de esas playas, había conocido, justamente, al que sería su esposo en circunstancias, por cierto, muy extrañas, pues lo había tenido que socorrer llevándolo a un centro de salud para que lo atendieran de una pulmonía que se había cogido, por bañarse, sin conocimiento previo, en las aguas de Mar del Plata.

Ocurrió que Juan José, no bien llegado a Buenos Aires, se había lanzado a Mar del Plata y allí, en un lugar denominado

La Perla, en Punta Iglesias, y donde la poetisa Alfonsina Storni había terminado con su vida, decidió darse su baño, a pesar del viento que soplabá, creyendo que eran aguas cálidas como las de Brasil.

El resultado fue que, al salir, parecía un picolé congelado que apenas ponía caminar.

Tuvo un pequeño desmayo, y así fue cómo conoció a Clara que le prestó su oportuna ayuda.

Juan José, una vez casado, vivía enamorado de Buenos Aires, por la actividad artística que allí se daba, y por los constantes encuentros de teatro que ocurrían en lugares como el Teatro Auditorium Centro Provincial de las Artes, donde se entregaban los premios Estrella de Mar a los dedicados a la actividad teatral.

Juan José era un asiduo alumno y, a la vez, maestro de teatro, actividad que se complementaba con el arte musical de Clara cuyas composiciones en piano y bandoneón, con el tema del mar como fondo, hacían pensar en la Plaza del Milenio, sus palmeras, su gran fuente de Aguas Danzantes ubicada frente al Casino y el hotel Provincial de la ciudad.

Su maestro, Astor Piazzolla, le había enseñado a mezclar la música clásica, el jazz y el tango y así ella interpretaba temas como Balada para un Loco, Milonga del Ángel, Taconeando y otros, intercalándolos con piezas de su propia creación.

Clara compartía lo dicho por Osvaldo Soriano "Los ideales

son la única forma de saber que estamos vivos", y un ideal muy mítico para ella era el amor.

El amor a la música y el amor por su esposo, Juan José, sin sospechar siquiera que todo esto sería pronto una historia pasada y, tal vez, material bibliográfico dentro de un archivo en un Museo como el Histórico Municipal, o el Museo Casa Bruzzone, que recordaría su capacidad creadora musical, y que difundiría su obra no terminada.

Probablemente, después, su alma, junto a la del viejo Bruzzone, vagaría por los talleres de música, pintura, cerámica, plástica, o audiovisuales, insuflando soplos de iluminación a aquellos niños y adultos que participaran de los cursos, en un diálogo secreto con Astor Piazzolla o con Alfonsina Storni.

Mara se estremeció de pies a cabeza y pensó cómo podía, aquel hombre que le hablaba, y que se mostraba tan pulcro e intachable, lleno de conocimiento y sabiduría ser capaz, a la vez, de convertirse en un maligno espectro del mal.

El día llegó a su fin y se trasvoló en meses, y estos en años.

Y, 10 años después, un llamado telefónico, a las 12 de la noche, le comunicaba a Juan José que uno de sus hijos estaba en dificultades en uno de los bares de la calle Buenos Aires.

Juancito, el menor de sus hijos, veinte añero y abogado como su padre, se había metido a defender a una mujer del bar que era golpeada por su novio, lo que le había valido una puñalada en pleno tórax, al lado del corazón, ocasionando que la muerte lo llamara a su lado para descansar para siempre de los trajines de la vida.

Después de ello, como decía Schopenhauer, aunque lo llamasen de la tumba, él no volvería a poner un pie sobre la tierra, porque ahora se encontraba en otro lado, descansando para siempre.

El que no descansaría nunca más era el padre, que empezaba a darse cuenta de lo que significaba perder un hijo o una hija.

"Perdí una hija", había dicho el colombiano y el argentino había repetido la misma frase: "perdí una hija".

Juan José se sumaba a ese coro y advertía que, de allí en adelante, el tormento de la culpa sería por siempre su calvario, su sudario, su fin: "la falta onimosa".

Mara, abrumada por todo, pensó en deshacerse la relación con Juan José y le comentó que estaría de viaje, por motivo de trabajo, por unos veinte días, fuera de la ciudad.

Era el momento de alejarse lo más pronto posible.

Ya no había que pensar nada; solo cortar aquella relación y hacerlo con cierta diplomacia.

Se armó de valor, preparó su equipaje y partió para la casa de su amiga Mirian Sánchez, en Sucre, amiga desde el colegio, compañera en la primaria, secundaria, y la que le enseñó a fumar y tomar unos tragos.

Las noches se tornaron más oscuras que nunca para Juan José.



La muerte Lo llamo a su Lado...

Caminaba, fumaba, caminaba, fumaba.

El insomnio era total.

Las pesadillas venían a él una tras otra.

Los callejones se le presentaban sin salida, la tierra se hundía ante sus pies, los alacranes lo devoraban.

"¿Para que vivir así?", se preguntaba, y la respuesta era, de día y de noche, la misma.

Sus pasos lentos lo condujeron, una noche, a los puentes trillizos de San Jorge.

Veía por última vez las luces de la ciudad de La Paz.

Con aquellas luces se entremezclaban las otras del recuerdo, las del fuerte de San Felipe de Colombia, las del montículo de Sopocachi, las del sepelio de su hijo...

Y, al final, todas juntas se apagaron cuando se arrojó por uno de los Puentes Trillizos, hacia la avenida de Los Poetas buscando que, justamente, los poetas lo transportaran al lado de aquellos seres que había amado y, a la vez, odiado.

A los que adoro y a los que también mató.

Si su muerte era la solución para acallar las voces del remordimiento, había que enfrentarla.

Una muerte real para acallar por siempre su voz y el latir de su corazón.

Un auto que circulaba al amanecer atropelló un cuerpo inerte que desde hacia varias horas estaba, boca abajo, casi azulado, sobre el asfalto.

Se escuchó un sonido de ambulancia y luego el cuerpo fue trasladado a la morgue.

Después, un anuncio por la radio y por los periódicos pedía a los familiares de fulano de tal, acercarse a tal dirección, para reconocer el cadáver.

Y la muerte acechó a la vida y la convirtió en polvo, en cenizas, para no levantarse nunca más.

Capítulo VII: La reflexión

Mara se entera por la televisión de lo acontecido y en un momento de reflexión, le preguntó a la Vida:

DIME VIDA, DIME VIDA

Un clavel cae marchito al pavimento de la carretera,
los pétalos del centro han muerto primero
luego los del entorno de afuera,
alguien calló para siempre su voz y sus sentidos
Dónde cayó el optimismo, la energía mágica de los años
mozos
**¿Dime vida por qué ya no se te oye revolotear como
ayer?**

¿Por qué tu andar se tornó vacilante y desolador?.
¿Con quién jugaste de niño en primavera, para quién te
abrigaste en invierno y para quién sonreíste en verano y
para qué lado
sopló el viento del otoño.

¿Dime vida por qué ya no se te oye revolotear como ayer?

Dime, ¿para quién fueron tus pensamientos y sentimientos?.
dime ¿por qué el paso de los años debe ser necesariamente monótono, tenue y en tu caso, el tuyo lúgubre...?

dime ¿en qué momento escondiste tu coraje por vivir?

¿Dime vida por qué ya no se te oye revolotear como ayer?

Dime, ¿dónde se fue el día y se congeló la noche, para nunca más ser calentada con un sorbito de coñac.

lustrar tus zapatos, engalanarte con la mejor ropa, comer el mejor manjar, bailar, danzar, leer, contar chistes.?

¿Dime vida por qué ya no se te oye revolotear como ayer?

Ah! sí nadie peinó tus cabellos, nadie te ayudó a nombrar la vida, a recrear tus sueños e ilusiones
dime, ¿acaso no comprendiste ningún enigma de la vida?

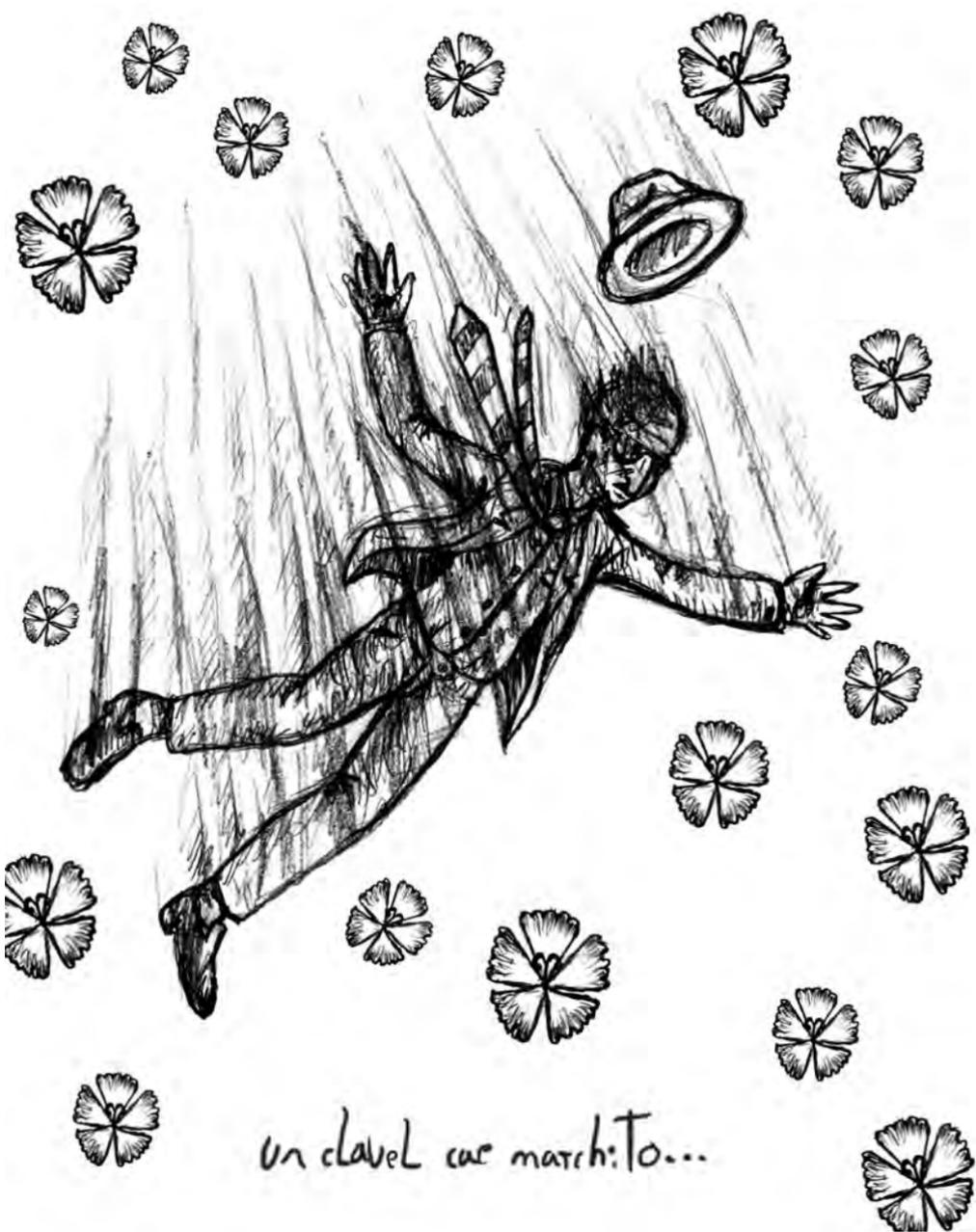
¿No supiste saborear la vida, ni el primer, ni el último bocado

¿Dime, vida, por qué ya no se te oye revolotear como ayer?

No te dejaste mecer en la hamaca de la vida, viviste reprochándote, injuriándote, no supiste hacerle el amor a la vida, con deseo, con agallas, como él único sueño posible

dime acaso Calderón de la Barca no asemejaba la vida a un sueño...

¿Dime, vida, por qué ya no se te oye revolotear como ayer?



un clavel cue march:to...

Y sí la vida es el sueño de los sueños, la ilusión de la ilusión, el fantasma de los fantasmas, el cantar de los cantares, la comedia y la tragedia, la vida es así y así será por siempre en todos los tiempos.

APRESÚRATE A VIVIRLA y a sembrar en ella los frutos que recogerás...

¿Dime, vida, por qué ya no se te oye revolotear como ayer?

La vida como un bumerán, va y viene, diste y te da, quitas y te quita, y a lo mejor te sentencia con las palabras de Calderón "El peor delito del hombre es el de haber nacido" o te consuela con el rocío del amanecer llenando tu cabeza de gotas de agua minúsculas de creación y creatividad.

Mara se hundió en sus pensamientos.

¿Qué pasó con aquello que ella soñaba? Se esfumo todo en un segundo, en un golpe de tambor; se cayó el castillo de naipes de un soplo. ¿Cómo pudo imaginar un hombre así para su compañero de vida? ¿Cómo pudo compartir con él sueños, deseos, comida...?

No se imaginó como pudo.

Caminaba con la cabeza gacha, por aquella acera que frecuentaban.

De pronto en el suelo se topo con un pisa-corbata; pensó en el verde esmeralda.

En el cementerio su tumba dejaba ver orquídeas de colores vívidos; en su epitafio se leía: Es propio del ser humano la estupidez, pido perdón por los actos de mi vida a mi familia y a los dioses que me vieron nacer.

Mara reescribió con su mente la poesía **BOLUDE-ES**, y que dice:

La bolude-es viene y va inesperadamente de la mente humana. Cuándo viene es torpe y necia. Cuándo se va al horizonte es color púrpura. Al venir no entiende de razones cuerdas y cierra los caminos de agua y sol.

La estúpide-es es propia del ser humano, es látigo placentero y sólo puede ser apaciguada con la sabiduría del pensamiento; es un desierto que calcina los huesos del cuerpo, calor extremo de día, frío extremo de noche.

Extremos os pregunto: ¿Dónde está el punto medio? La Bolude-es carcome la carne del cuerpo, sus órganos; carcome el alma con la furia feroz, ágil y siniestra de una mordedura de cocodrilo. Entonces, boludo el que la emite y boludo el que se engancha.

Preserva tú,
tu cuerpo y alma que son una y la misma cosa.
Escapa tú,
de la impulsividad de los huracanes y tormentas
Observa tú,
no la viga ajena, sino tu propia viga.

Atenta tú,
a las demandas y deseos ajenos.
Cosecha tú,
bienestar de vida y deseos moderados
Evita tú,
el sendero silencioso de afectos siniestros.
Corta tú,
las ataduras de tu propia bolude-es.

SEGUNDA PARTE: LA COMEDIA



Llegó el momento de olvidarse del pasado...

Capítulo I: El viaje a Sucre

Llego el momento para olvidar el pasado.

Mara es invitada a Sucre, a la boda de su único hijo.

Isabel, llamada con cariño Isita, era la futura esposa de su hijo.

Con alegría preparó las maletas para el viaje, recordando lo que le habían dicho, que la boda iba a sonar fuerte.

Más fuerte que el repiqueteo de las campanas de la Catedral que se erguía en la plaza principal, con las sobrecogedoras estatuas de los apóstoles que, como guardianes de la religión católica, más sólidos y creíbles que los curas actuales, parecían controlar, desde hacía siglos, el compromiso de la asistencia a la misa.

Mara colocó la ropa adecuada para cinco días y abordó la flota Copacabana que salía un día Miércoles a las ocho de la noche.

El viaje iba bien hasta que, a mitad de camino, se encontraron con un bloqueo de comunitarios de Oruro, que reclamaban al gobierno por los límites fronterizos entre su departamento y el de Potosí.

Los campesinos vestían alpargatas, pantalones rústicos de tocuyo y ponchos rojos.

Sus cabezas estaban cubiertas por chullos y en sus mandíbulas se advertía el p'ijcheo de la hoja de coca; llevaban en sus manos botellitas con alcohol puro.

Mara decidió hablarles para ver si les dejaban pasar y ellos le respondieron que a las seis de la mañana harían un cuarto intermedio en su movilización y que a esa hora podrían pasar las flotas y los camiones que estaban detenidos en un número de casi sesenta a lo largo del camino.

Cumpliendo su palabra, el líder aymara levantó el bloqueo a la hora indicada y el viaje continuó hacia Potosí.

Mara pensó en las paradojas de la vida: mientras había gente que disfrutaba de mucha riqueza, aquel pueblo sufría condiciones de pobreza extrema que no habían cambiado desde el pasado.

"No sé qué harán los gobiernos por esta gente", reflexionó Mara, "emitir leyes y más leyes que se quedarán en el papel, porque muy bien se sabe los kilómetros que hay entre lo que se escribe y lo que se practica".

Mara comparó los rasgos faciales de aquellos campesinos con los de Tarabuco, en Chuquisaca, concluyendo en que

eran los mismos. Rasgos que, con pocas diferencias, se habían repetido en la gente que construyó civilizaciones tan extraordinarias como la de Tiahuanaco o la de los Incas.

Después se quedó dormida con los pensamientos puestos en su infancia y adolescencia, en su vida de adulta y en su patria.

Pasó por Potosí, notando que había sido construida una nueva terminal estilo pulpo, color api morado.

El pueblito era el mismo de hacía muchos años atrás, con sus mismos niveles de pobreza, y con alguna gente orinando en la calle, o comiendo al lado de la basura.

Era difícil de creer que aquel sitio, en algún momento, hubiese sido la codicia del mundo por los inmensos yacimientos de plata encontrados en su famoso cerro rico; y que aquella ciudad hubiera resplandecido más que Londres o París, un lugar donde ahora sólo resplandecían la mugre y la pobreza.

La flota siguió su recorrido y, al final, Mara llegó a Sucre, pasando por Yotala, la ciudad que la vio nacer.

La ciudad que fue testigo silenciosa de sus momentos placenteros y tristes y que ahora mismo volvería a ser testigo de otro acto importante en su vida y en la de su hijo, su único retoño, que se casaba para ser independiente, mantener su familia y construir su hogar, algo con lo que todo el mundo sueña, cree y desea.

La familia Campos en pleno salió a recibirla.

Doña Silvia y don Guido y sus hijos Luzmila, Silvia, Guido, Piti, Consuelo e Isabel.

Una familia típica de Chuquisaca, con sus profundas creencias religiosas y con su costumbre de disfrutar de la comida picante; personas que profesaban un profundo cariño a todos los que los rodeaban.

También conoció a Ricardo, Bernardo y Juan Pablo que con Marcelo, su hijo, constituían una suerte de cuatro mosqueteros, de cuatro majuelos, unidos para las fiestas y que no se dejaban "mandonear" o "manuelear" por sus esposas, las cuales parecían haber sacado el carácter de la madre, quien dirigía a la familia con un carácter que podía ejemplificar el matriarcado planteado por Hegel.

Mara, al día siguiente de su llegada, fue al comedor, a las ocho de la mañana y vio reunidas a unas quince personas que desayunaban con torta de chocolate, torta de hojas, rollo de queso con ají colorado y hojarascas con dulce de leche, festejando el cumpleaños de la dueña de casa.

El mantel amarillo de la mesa recordó a Mara aquella poesía escrita para un amigo, un 15 de Septiembre del año 98:

MAR AMARILLO TU

De amarillo se bronceó el sol cuando te conocí
el arco iris dejó traslucir sus colores y los roció
gota a gota en el jardín de nuestro amor,
amé el amarillo de claveles que me diste y te
amo a ti ahora:

MAR AMARILLO TU.

Burbujas de aire de vida, y recuerdo de nuestros momentos juntos, se expanden por el ambiente y rocíos de amor pincelan mi vida cuando el aroma tuyo invade mi cuerpo cada amanecer:
MAR AMARILLO TU.

Tardes de celajes plácidos y serenos me envuelven en su manto rojizo y el viento sopla su brisa suave de este a oeste y de norte a sur,
anunciando tu presencia:
MAR AMARILLO TU.

Las nubes blanquecinas revolotean en su andar y se enmarañan entre mi mirar y sentir cuando las miro pasar, por el azul del cielo, su estela vislumbra cantos de amor:
MAR AMARILLO TU.

Pusiste vida al andar de mis pasos cansados y teñiste el negro velo de mi soledad de colores radiantes, tu presencia generosa apareció como las estrellas brillantes de la noche:
MAR AMARILLO TU.

Mara se sentó y, después del desayuno, se quedó conversando con Don Pedro, el hermano de Don Guido quién había llegado de Tarija, la tierra chapaca de sol, vino y churrascos.

Pedro le comento que su esposa Aída Luz, había sido operada de un tumor asentado en la silla turca, debido a un exceso de prolactina.

Empleando una tecnología de los Estados Unidos los médicos, sin abrirle el cerebro, le introdujeron por boca y nariz, dos conductos del grosor de un cabello, llegaron a la silla turca y ahí perforaron la masa reflejada en un monitor gigante, absorbieron el tumor y sellaron la silla turca. Y todo ello en 17 minutos, lo que dura una curación de una muela.

Mara pensó en los niveles asombrosos a los que había llegado la tecnología, no sola médica, en aquella nación, sino también en otros campos, pues se conocía que para el 2015 planeaban lanzar el primer avión con rayos láser, o producir el plasma que haría invisibles a los aviones, y el sistema de microondas para desarticular la tecnología, por ejemplo, de un reloj.

Los avances que ellos tenían respecto a Bolivia eran tan grandes, que hacían ver a nuestro país encerrado en el tiempo de las cavernas, cuando los cavernícolas peleaban por un poco de fuego, ya que ni siquiera sabían como se producía éste.

Sin embargo, reflexionó Mara, había que mirar con cuidado y consideración lo que representaban el verbo tener y el verbo ser en los diferentes países, en las diferentes culturas, en las diferentes zonas geográficas, para entender que aun en estos países pobres el ser podría representar algo más fuerte que el tener; una cosmovisión que considerara a los seres vivos unidos a la madre naturaleza, a la Pachamama, quién es respetada y querida como la entidad superior del universo.

Por un lado, una visión que representa ir hacia delante no importando los costos científicos y, por otro, otra visión que

representa mantener el paso vivo.

Visiones antagónicas, sin posibilidad de encuentro, en un planeta que parece que llegará algún día a su fin, y sin ningún tipo de recompensa para nadie, pues la escasez de agua y aire saludable serán los límites que harán comprender que se vivió equivocadamente.

Entonces la vanidad del hombre caerá como la de Narciso al fondo del agua para fundirse en algo que se llama estupidez construida socialmente, y ese será el legado que se dejará a los nietos, a los hijos de los hijos...

Capítulo II: La boda

Sucre, la ciudad de los cuatro nombres: La Plata, Charcas, Chuquisaca y Sucre, es una de las ciudades más bonitas, tranquilas y limpias de Bolivia, con edificios coloniales pintados de blanco y calles coloniales con balcones y arquitectura española.

También existen monumentos, parques y lugares rodeados de jardines verdes y floreados.

El cementerio de Sucre es un lugar tan apacible y lleno de árboles que constantemente es aprovechado por los estudiantes, sobre todo de medicina y derecho, para estudiar tranquilamente y sin ninguna perturbación, en sus jardines.

La comida es muy importante.

Existen platos típicos y tradicionales como las salteñas, los chorizos, el mondongo, la fritanga, el picante mixto de pollo

y lengua, variedad de ajíes y la sopa de maní hecha con un producto de alta calidad, adecuado para la exportación.

En materia de danzas destaca la cueca criolla que proviene de la Jota española; y que muestra un ritmo más valseado, a diferencia de las cuecas argentina y chilena que son más rápidas y saltadas.

En esta ciudad de aires tan lisonjeros, llegó el día de la boda.

La familia Campos contrato, para el acontecimiento, la residencia D., ubicada a 15 minutos del centro de Sucre, por el camino a Tucupaya, la vía antigua al aeropuerto.

Una residencia llena de plantas, árboles, picaflores, abejas y una piscina construida con una pequeña cascada; un lugar hermoso, con espacios para bailar y comer.

Marcelo ingresó con su madre, Mara, e Isabel con su padre, Don Guido, quien había nacido en Tarabuco vestía un terno plomo, camisa celeste y corbata ploma, dejaba entrever su tez morena y traslucir una mente serena, clara, noble, revolucionaria.

Ahí mismo entregó a su hijita, la ultimita, al hombre que se haría responsable de la felicidad de ambos.

Doña Silvia de Campos lucía un conjunto de pantalón y saco lilas y una camisa celeste, y llevaba sobre su cuello y orejas un collar y aretes también celestes, haciendo juego con la camisa.



Mara y Marcelo pues eran ateos...

Mara estaba vestida casi como siempre, pantalón negro, camisa blanca, saco tejido entre negro y blanco, zapatos de gamuza negra y gris, muy elegantes, y un collar con aretes lila-morados que recuerdan a los árboles de Jacarandá que abundan en el parque de Sucre, en las plazoletas y en la recoleta situada debajo de los dos cerros Sica Sica y Churuquilla.

El cura les dio la bendición y todos rezaron el padre nuestro, era una sociedad chuquisaqueña-católica, menos Mara y Marcelo, pues eran ateos por convicción.

Dios para Mara era una entidad que se movía en tres campos: uno imaginario al que se le pide todos los bienes, materiales e inmateriales del consumo; otro simbólico cuando actuaba como padre protector de la humanidad, y otro real cuando opera con el remordimiento y la culpa.

Con estas tres posibilidades se presentaba ante la masa sufriente cambiando de color según la ocasión, como un camaleón, a órdenes de los sufrientes.

Dios como ente supremo estaba dispuesto a favorecer la demanda narcisista de sus súbditos dando lugar a una relación amo-esclavo; esta dispuesto a ser un padre protector bueno ya que la mayoría de los seres humanos carecen de un padre potente responsable de carne y hueso y, por último, dispuesto también a castigar el mal que sus hijos se hacían unos a otros y, por supuesto, también a perdonar. Sus rebaños perdonan, pero no olvidan.

En resumen, un Dios capaz de desplazar el odio para dar

paso al amor, mitigando la envidia humana y sublimando los instintos perversos; o protegerlos con su manto de padre bienhechor, protegerlos de la irresponsabilidad humana; o con su ira castigar los pecados humanos como lo hizo en Sodoma y Gomorra. Tres realidades, tres registros: imaginario, simbólico, real; tres deidades: padre, hijo y espíritu santo.

La ceremonia civil, que asegura una transacción económica justa dentro de la pareja y que garantiza la educación y patrimonio para los hijos, concluyó de modo adecuado; luego vinieron la puesta de aros y las palabras de los esposos y padrinos de la boda.

Las palabras de Marcelo prometiendo amor eterno a Isabel, conmovieron a los presentes, quiénes derramaron lágrimas, lagrimitas y lagrimones en aras de cupido.

Los recientes esposos se pusieron a bailar la cueca chuquisaqueña, que les salió muy bien porque la habían ejercitado, siendo novios, por seis meses; el pasito del intermedio, uno dos y un dos tres, y el bailecito llevando el compás con el pañuelo blanco en la mano y trazando figuras circulares, con sus correspondientes vueltas y medias vueltas, y el subsiguiente zapateo acompañado de palmas a medio camino, antes de terminar la elegante y coqueta danza.

La música chuquisaqueña de Simeón Roncal cambió luego por una más lenta mientras todos abrazaban a los flamantes esposos; los amigos de Marce como Sergio, Enrique, Migas al abrazarlo dieron fuertes palmadas en la espalda del recién casado y las amigas de Isita algunas lloraron al abrazarla con mucho cariño.

Luego sirvieron el plato, ¡y que platito!: picante mixto con ají amarillo y ají colorado; la lengua bañada con ají amarillo, el pollo bañado con ají rojo, papas blancas y chuño phuti, además de fideo con uvas pasas blancas.

El plato excelente fue disfrutado por los asistentes con los ojos, con la boca y con el olfato, y algunos hasta con sus trajes de fiesta que, impertérritos soportaron algunas salpicaditas de ajíes.

Se brindó con champaña, whisky, cerveza, fernet y luego se endulzó la velada con una rica torta flameada con almendras, nada empalagosa y que no aumentaba el colesterol.

Luego todos fueron a la pista de baile y allí movieron caderas, piernas y brazos al ritmo de cuecas bailecitos, rumbas, música electrónica y otros ritmos.

Los chicos, los jóvenes y los no tan jóvenes salían y entraban a la pista, y armaban ruedas, cantos, figuritas, y la alegría no se terminó allí, ya que luego fue desplazada al Karaoke Candelas;

Mara fue con un grupo de amigas, Mirian, Zulema y Claudita; algunos cantaron; el Gato, amigo de Marcelo deslumbró con su voz y el Moto, otro amigo, se puso de conquistador olvidando a su esposa Mariel, por un rato, y lisonjeando a cuatro chicas a la vez.

Animado por su borracherita les decía "yo les voy a dedicar una canción a las cuatro, porque mi corazón es un colectivo" y ahí mismo canto una canción de Sandro.

Los esposos se fueron al rato a un hotel nuevo de Sucre situado en la calle Calvo, a disfrutar de la noche de bodas que les había regalado Silvita, la hermana de Isabel.

Allí formalizaron su vida matrimonial, dando fin a la "pruebita" de un año de concubinato. Después, el jacuzzi les dijo "vengan a relajar sus cuerpos acá en mi lecho y dejen su cansancio de haber armando la boda por el lapso de un año".

Capítulo III: Las familias chuquisaqueñas y sus gustitos

Al día siguiente, a las once de la mañana, estaba ya todo preparado para seguir con el baile del día anterior. Los invitados y parientes más allegados a los esposos y un conjunto folklórico amigo de Berchy, bailaron, tomaron, se sacaron fotos, fumaron, y dejaron el piso perfectamente lustrado por la cantidad de zapatos que pasaron por allí.

Casi a la medianoche Silvita le dijo a su padre Guido, "papi, mira a Buba, el amigo de Marcelo, vino desde La Paz para compartir con su amigo y no tomo ni un trago" Don Guido contestó "Ay, hijo, tú si que eres diametralmente opuesto al suscrito". Buba no entendió lo que don Guido había querido decir y le preguntó a Mara, que estaba con él. Mara se hecho a reír a carcajadas y le dijo que era una ecuación de un ingeniero dichas para un chico joven. Luego le explico, "quiere decir que tú estás sobrio y a él le gustan los traguitos".

En la amplificación se escucho luego la pieza "Capitán Futuro", que Juan Pablo había pedido al discjockey, y ahí,

nomás, Conchis se subió al escenario, se montó sobre la pileta del patio y empezó a girar y señalar con sus dedos a los que bailaban, como si manejara una nave espacial.

El Gato, que ya estaba bastante entonadito, decidió resguardar sus siete vidas y se escabulló de entre la gente para dormir una siesta y continuar luego con la fiesta.

Sebastián, amigo de Marcelo, cortejaba a la Metes amiga de Isita, mientras sus padres los esposos Rolón se hacían los que no veían nada, pero que buenas ganas ya tienen de ser abuelos de su primerizo.

La Churca, impulsada por múltiples sentimientos de emoción, sugestión, empatía y amor, se comprometió con su galán, y esa noche se armaron parejas secretas prontas a comprometerse en el mismo camino de los anfitriones de la fiesta, la flecha de cupido atravesó varios corazones.

Mara probó la cerveza que los gemelos, hermanos de Sebastián, habían elaborado en Chile; una cerveza con bastante lúpulo que raspaba la garganta, no dejándose tomar en un primero, sino en un segundo y hasta cuarto trago. Le explicaron que la bebida, que tendrá el sugestivo nombre de PHORNO, saldrá a la venta el próximo año y será por su color y aspereza, parecida a una cerveza alemana.

Los pies cansados por el baile de dos días exigieron al fin irse a la cama y Mara les obedeció, después de pagar un extra por la amplificación.

Pero la cosa no había terminado allí.



Maia espera ver espiritus...

Al día siguiente era cumpleaños de Samuel, uno de los hijos de la familia de los Rosados, y la jarana continuó con la famosa parrilladita, el miske, el maceradito de nuez, la cerveza y la chicha de Padilla. Doña Clory era la encargada de hacer tomar por turno a los fiesteros.

Ese mismo día, todos tenían que retornar a la ciudad de La Paz, pero esto no impidió que se bailara y se tomará hasta el último momento.

Mara acostumbraba a manejar su conducta dentro de ciertos límites, pero esta vez fue superada por los maceraditos que son muy engañosos; no parecen hacer nada, al comienzo, pero de golpe se suben a la cabeza y, como si se jugara a la ruleta rusa con un arma, de pronto, pung, se siente el disparo.

Mara, sin quererlo, se encontraba ebria y hasta esperaba ver a los espíritus de los antepasados con la ceremonia que, incluyendo una "mesa" ritual indígena, cerveza y coca, se llevó a cabo para que los espíritus buenos acompañaran a Silvita en su viaje a Madrid.

Lo cierto es que los espíritus vivos Juan Pablo, Piti, Guidito el hermano, Daniela la prima hermana, Consuelo, Luzmi y Mara, bailaban abrazados en ronda, hasta que el espíritu real de doña Silvia entró en escena.

Doña Silvia entró a reñir a los hijos y a sacarlos de uno en uno y así desfilaron a sus órdenes Piti, Consuelo, Silvia, Luzmi, Guidito, posteriormente Pedro el hermano de don Guido, y Aída Luz, la esposa.

Ricardo Corazón de León, esposo de Luzmi, se encargaba de servir las carnecitas para no tomar demasiado, ya que cuando estaba ebrio, saaassss, se ponía a rociar a todos con cerveza, lo que no estaba tan mal ya que era el rociador oficial de los espíritus muertos y también de los vivos que así se adelantaron a un chapuzón del carnaval de febrero y a un bautizo pre-anunciado.

En medio de su ebriedad, y a pesar de ella, Mara recordó a su querida y entrañable profesora de filosofía y psicología, Teresita Chumacero, y a sus anécdotas del colegio pero, sobre todo, el discurso de su padre: "vas a Sucre, pero ni se te ocurra casarte con uno de esos chuquisaqueños cerrados, machista, avarientos; aquí, en Santa Cruz, mi hija, están los mero machos".

Teresita cayó en la comedia chuquisaqueña, tanto, tanto, que hasta hora es fiel esposa, casada y comprometida hasta la muerte, de un Chuma-Chuqui.

Cómo no recordar a la maestra sexi de falda corta y senos grandes, si fue la primera profesora revolucionara que habló a sus alumnas de segundo medio de sexo, sin tapujos, ni temores.

Cómo no recordar sus clases meditadas en las que nos hacía pensar en si es primero el materialismo o el espiritualismo; y ahí, nomás, estaba la respuesta, la cerveza material alimentando el espíritu de los muertitos; ¡que articulación, que articulación...!

Mara pensó en esa poesía hermosa que había escrito al

materialismo puro y al idealismo espiritual, a las formas de las montañas paceñas, un 1º de Enero de 1997, y que dice:

FORMAS

Tus formas son enigmáticas y profundas,
miles de años se concentran en un
fragmento de tu suelo.
el viento y la lluvia han moldeado
la infinitud de formas que se perciben
en tu superficie.

Tras la luz de cada mañana y
cuando el Sol cae y el velo negro
de la noche recubre el horizonte,
permanecen altivas y señoras de cumbres
las montañas paceñas.

En las lejanías se vislumbran algunas
pajas bravas, cuán rizos de oro despliegan
sus puntas hacía el Sol. El vuelo circular
y plácido de un ave negra rompe el eco de
tus murmullos formados entre vientos lastimeros.

Mi corazón se agita, mi respiración se entrecorta,
mi horizonte se proyecta en tu horizonte.
mis ensueños se mezclan con el café, el verde,
el amarillo, la brisa y el perfume de tus entrañas.

Tú magia me envuelve como un huracán pasajero.
mi sentir y mi pensar toman otras formas,
tus formas multifacéticas, formas que rompen mi
cotidiano sentir, sentir material, sentir espiritual.

Capítulo IV: El retorno

La noche se iba, el viento mecía las hojas de un pequeño árbol junto a la ventana y, junto a ella, la cama de Mara con su cuerpo encima, como hubiese dicho Marcelo, en estado de coma.

Con el amanecer las valijas empezaron a tomar forma de bultos para ser llevadas al aeropuerto, allí donde estaba la estatua de Doña Juana Azurduy de Padilla,

Había que llevar algunos chocolates "Para Ti" de recuerdo, admirar en el escaparate los sombreros "Charcas" y comprar el periódico para ir leyendo en el vuelo de retorno.

Mara, durante el vuelo, pensó en la semejanza física entre doña Silvia, la madre de Isita y Malú, y una amiga entrañable, que ella tuvo en la ciudad de La Paz, dónde las horas del almuerzo resultaban ser pláticas literarias, y recordó un cuento hecho para aquella casa y familia que vivía en la calle 10 de Calacoto:

LA ESCOBA HECHIZADA (17de enero del 98)

Era el medio día.

El sol había extendido su manto caluroso por la ciudad de La Paz; se decía que este calor, cercano a los 30 grados, no se había sentido en esta ciudad desde hacía mucho tiempo atrás; el fenómeno "del Niño" se manifestaba fuertemente ese día.

Recuerdo que al llegar a la calle 10 de Calacoto, apresuré mis pasos hasta la casa blanca de reja negra, cuyo número era el 103; toqué el timbre y esperé a que alguien abriera la reja; mire los cerros de enfrente cuyas formas caprichosas se asemejaban a un cartón entrecortado; quede seducida por los colores y por la majestuosidad de las montañas.

Zenobia, la chola pacaña, de cachetes rojos, trenzas largas, ojos achinados, labios y cuello gruesos, abrió la reja haciendo mecer las cinco polleras que llevaba puestas.

Entré al comedor cocina de la casa y fui recibida por don Fernando, el tío de Malú, quién preparaba la comida; su sobrina se había ido de viaje al Lago Titicaca y esta vez yo estaría en su lugar, en la mesa, a la hora de la comida.

Salí un momento al jardín y observé que estaba, como siempre, impecablemente limpio; ninguna hoja se veía sobre el manto verde; daba la sensación de que el viento, al mecer las hojas, no dejaba que las muertas cayeran; o algún misterio hacía que al caer se evaporarán como gotas de agua, de una manera tan súbita que podía atribuirse a fuerzas extrañas.

A mi espalda escuché un sonido, charch, charch, charch y charch; me di vuelta y observé a don Fer que, con una escoba de paja y un alza basura, recogía las hojas muertas a una velocidad que se asemejaba a la de la luz.

Barrió, y barrió, y barrió una extensión de 200 metros cuadrados en cinco minutos.

El caldo de espárragos ya estaba servido en la mesa; Zenobia con sus polleras largas y colorinches, sus zapatos diminutos y bajos, se apresuraba a preparar la ensalada que acompañaría a unas sardinas enlatadas.

El aperitivo fue un chufly, hecho de singani, limón, soda y hielo; el postre ciruelas verdes sacadas del árbol del jardín de la casa.

Al terminar de comer yo decidí arrancar unas ciruelas del árbol.

Don Fer nuevamente tomó la escoba y nuevamente iba y venía barriendo el jardín; ya no había hojas, pero el charch, charch danzaba por todo el lugar.

Subí a una escalera y empecé a sacar el fruto mientras Zenobia agarraba una cesta de mimbre; era hermoso ver cuántos ciruelos podía producir un solo árbol; era un placer ver racimos enteros y arrancar los frutos maduros, y era una bendición comer directamente de aquel árbol que había echado raíces para regalar sus frutos a quién los supiera apreciar.

Al volver a la cocina encontramos a don Fer traspirado y diciendo "¡cómo se trabaja en esta casa!".

Refunfuñando volvió con la escoba, al jardín, a enfrascarse en su delirio obsesivo por la limpieza.

Zenobia me comentó, "¿sabe señorita, don Fer, está embrujado por la escoba, pues siempre limpia y desempolva, barre tres veces al día la casa y esto es problema entre él y su sobrina; su manía por la limpieza parece que le protege de pensamientos pecaminosos, de actos indecentes e incestuosos.

Me despedí agradeciendo por el almuerzo y observando que don Fer, con un trapo, golpeaba y desempolvaba, los sillones, luego sus zapatos, el uno y el otro, para no dejar inconclusa su misión homérica por la limpieza.

Don Fernando era un hombre de 65 años, de estatura mediana, panzón y semi-calvo, de mirada picaresca, de carácter fuerte y jovial, que no se privaba del placer de la comida, del trago y del baile pero que, al parecer, sus placeres sexuales quedaban privados con su manía fuerte por la limpieza.

Mirando aquel cuadro, reflexioné: limpieza, sustituto del sexo, comida, sustituto del sexo; ¡que los placeres sexuales alegren, nomás, mi vida, en la medida justa para que ningún síntoma venga a merodear mi cuerpo y echar raíces, marcando aún más el tiempo efímero de mi existir!

El avión despegó a la una de la tarde de Cochabamba y arribó a las dos menos cuarto a la ciudad de La Paz. Mara se embarcó en un taxi para que la llevara a su casa. El día parecía que iba a ser caluroso. Se encontraba un poco cansada

de modo que echó la cabeza hacia atrás, sobre el asiento, y entonces su mirada se cruzó con la mirada triste del chofer que la miraba a través del espejo retrovisor.

El conductor era un hombre que bordeaba los 55 años, de tez blanca; vestía un jean y sweater azul; en su cara resaltaban sus ojos cansados que se movían entre el volante de su auto; la calle y la mirada de Mara; mientras conducía desde el Alto de la ciudad de La Paz, al barrio de Sopocachi.

Capítulo V: El chofer

Mara preguntó al chofer del automóvil, ¿está usted cansado?, y el respondió, “mire, señora, ya no se qué es dormir, estoy en el volante desde las siete de la mañana, pero usted no sabe, si supiera...”.

Se quedo en silencio un momento y luego dijo, “se lo voy a contar; después de dejarla a usted iré rápidamente a la Casa de Juegos, donde me esperan unos amigos; jugaré para ganar o perder. Sabe, soy un jugador empedernido. Usted, tal vez conocía la casa de medias “El G. B.”, ahí en la calle Potosí, en pleno centro de La Paz y tal vez conoce la casa de ventas de autos en la calle 14 de Calacoto, mi casa, bueno primero fue de mi padre y luego mía; tenía mucho dinero y, ¿sabe?, lo perdí todo en el juego. Trabaje mucho tiempo en la aduana y tenía mucho dinero, lo perdí todo, todo. Mis hijos fueron a los mejores colegios y disfrutaron de las mejores cosas y, hoy por hoy, solo desfilan las deudas que nos acogotan el cuello...”.

Con la voz entrecortada el conductor siguió hablando: “mi hijo murió hace dos meses; usted, señora, no lo va a poder creer, pero se ahogo con su propia saliva y tapado con las frazadas de la cama; sólo tenía 20 años mi único hijo varón; ¿se imagina?, yo siempre pensé que los padres debíamos morir primero, y ahora él se fue, y ahora juego más que antes. Yo entiendo perfectamente a los drogadictos; el juego es una droga y, además, cuando juego fumo por lo menos dos cajetillas de cigarros, por eso trasmino a nicotina; ¿sabe?, ¡tengo tanta pena!, no sabe la pena que tengo yo...”.

A esta altura del relato, Mara pensó en Dostoievski. ¿Acaso este genio de la literatura rusa no era un jugador empedernido? ¿Qué diferencia había entre éste y aquél?

“¡Ah! Que vida complicada, se dijo Mara, a veces parece tan simple y a veces tan, pero tan complicada”.

Su pensamiento quedó interrumpido cuando el chofer le explicó que era libanés. “Para mi padre y para mí el juego, señora, es lo máximo; recuerdo que a los 5 años ya estuve frente a las cartas y ahí, ahí aprendí a jugar, mi padre me enseñó”.

“¡Ah! Una identificación con el padre, reflexionó Mara, un modelo educativo transmitido; una forma de ser que se conjugaba con otra forma de ser. ¿Cuántas cosas más habrá heredado este hombre de su padre? ¿Cuántos síntomas, cuantos adquiridos por identificación, cuantos por voluntad? ¿Cuánto amor hacia su padre, hacia su raza? ¿Cuánta falta de voluntad para romper con lazos primarios y para hacer otra vida?”.



Sabe, soy un jugador empedernido...

El chofer paró el coche que manejaba en la calle empedrada de la Pedro Salazar 615, Sopocachi, domicilio de Mara.

Ella se bajo del vehículo agradeciendo a aquel hombre por haberla hecho depositaria de una parte de su vida.

La puerta del departamento 7B de pronto se abrió y dio paso a la dueña que se acercó a la ventana para ver el majestuoso Illimani; y a lo lejos, cerca al montículo, los árboles, eucaliptos, pinos, retamas, los cactus y los pajarillos...

El cerrar de la puerta no puso fin a sus pensamientos.

Mara, se sentó en el living, con un libro de Arthur Schopenhauer que sacó de la biblioteca y, en una de sus páginas, leyó:

“La mirada del individuo esta enturbiada, como dicen los hindúes, por el velo de Maya; a éste no se le muestra el lugar de la cosa en sí, solamente el fenómeno en el tiempo y en el espacio, y en las restantes formas del principio de razón, y es por esto que forma un limitado conocimiento donde no ve la esencia de las cosas y solo ve los fenómenos que aparecen diferenciados, separados, innumerables, muy distintos y hasta opuestos; por ello se aferra a la voluptuosidad y a los placeres de la vida; la sujeta entre sus brazos y no sabe que, precisamente, con ese acto de su voluntad, agarra y estrecha fuertemente entre sus brazos todos los dolores y tormentos de la vida”.

Mara sacó otro libro de la biblioteca, esta vez “Los hermanos Kamarazov” de Fiodor Dostoievski, y repasó una parte donde

el abogado de Iván Karamazov trata de defenderlo, explicando las causas de su delito de parricidio.

“Es una cosa terrible derramar la sangre de un padre, la sangre del que nos ha engendrado y amado, la sangre del que ha prodigado la vida por nosotros, que se ha afligido por nuestras enfermedades infantiles, que ha sufrido porque seamos dichosos y no ha vivido más que de nuestras alegrías y de nuestros éxitos; es difícil imaginarse al asesino de un padre semejante, señores del jurado, ¿qué es un verdadero padre? ¿qué idea grandiosa guarda ese nombre? Acabamos de indicar, en parte, lo que puede ser. En este asunto tan doloroso, el difunto Fiodor Pavlovich Karamazov no tenía nada de la idea de padre que nuestro corazón acaba de definir. Es enojoso sí, pero en efecto, hay padres que son una calamidad. Examinemos las cosas de cerca. No debemos retroceder ante nada, señores del jurado, en vista de la decisión a tomar” ¹

El padre de Iván cuando era niño no se ocupó de su educación; la gente comentaba que lo vio andar descalzo por el corral con su pantalón sostenido por un solo botón, su educación la relegó a un solo sirviente, el padre era avariento y borracho, también impetuoso y violento; siendo el padre responsable del destino de su hijo ya que no había recibido una educación adecuada, no cultivó la razón de su hijo, no lo instruyó y no le dio el menor afecto cuando Iván era niño.

“Mi cliente ha crecido a la buena de dios, es decir, como un animal salvaje. Es posible que ardiera en deseos de volver

¹ DOSTOIEVSKI, Fiodor. Los hermanos Karamazof. Cáp. XIII. Un Sofista. España. Alba Madrid. 1999. pág. 636

a ver a su padre después de su larga separación, acordándose quizás de su infancia como a través de un sueño, apartando muchas veces el odioso fantasma del pasado (Velo de Maya) y deseando con toda su alma absolver y abrazar a su padre. ¿Y que ocurrió entonces?. Se le acoge con bromas cínicas, con desconfianza, con burlas con respecto a la herencia; no escucha más que frases y máximas que levantan el estómago y finalmente ve cómo su padre intenta arrebatarle, con su propio dinero a su amiga”²

El abogado defensor resalta características de la persona de Iván como una persona que si bien muestra una apariencia violenta e impetuosa, tiene un corazón tierno y que se arrepiente de sus actos y reflexiona a través de lo que es un padre y su función:

“Yo preguntaba, ¿qué es un padre? Es un hombre noble y precioso, exclamé, pero hay que usar lealmente del termino, señores jurados, y me permito llamar a las cosas por su nombre, un padre tal como la víctima, el viejo Karamazov, es indigno de llamarse así. El amor filial no justificado es absurdo; el amor no se puede suscitar con nada; solo Dios puede sacar algo de la nada; padres no aflijáis a vuestros hijos, de lo contrario, no somos padres y ellos no son nuestros hijos, sino nuestros enemigos por haberles nosotros convertido en tales; con la misma medida con que midamos seremos medidos. No basta con engendrar para ser padre, hay que merecer ese título”.

Esto quiere decir que un padre, no con una significación mística sino con una significación simbólica, es aquel que

² Ibid 1. Cap XIII. pag. 637.

hace prevalecer las normas y el afecto y se hace sentir en la vida real del niño; y un hijo quiere a su padre no solo por el hecho de haberlo engendrado, sino por haberlo educado como corresponde.

Un hijo, al reflexionar, se dará cuenta de que su padre es digno de ser padre, y que lo ama porque su padre le ha probado que es capaz de responsabilizarse por él. En el caso de Iván su padre representa al perseguidor de su infancia, un enemigo, un rival.

Por ello un odio irresistible lo llevo a apoderarse de el y, con la razón nublada, a vengarse inconscientemente de su padre; y si el jurado lo declara culpable, Iván podrá decir, “la sociedad representada por esta gente no a hecho nada por mi, para educarme, para instruirme; nada para mejorarme y hacerme hombre. Me han negado toda asistencia y ahora me envían a la cárcel. Ya me he desquitado. No les debo nada, ni a ellos ni a nadie, son malos y crueles; yo también lo seré”³

De esta forma se engendra el odio social y la posibilidad de reincidencia en el delito; por eso la justicia mundial no tiene que tener por objeto, únicamente, castigar sino que su misión, como dice Dostoievski, debe ser levantar a un ser perdido; que los pueblos no solo observen la ley al pie de la letra, sino el espíritu y la esencia de los seres humanos para su debida regeneración.

Mara devolvió a la biblioteca los libros tantas veces leídos, y pensó en la vida, en la muerte, en la tragedia y en la

³ Ibid.1 Cap XIII. pag. 641

comedia y deslizó su mirada hacia el horizonte, y se dio cuenta de que había llovido y de que, en agradecimiento a Zeus, las ramas de los árboles elevaban, como brazos abiertos, sus retoños hacia el cielo azul.

El pasto estaba verde como esmeralda y los pájaros saltarines habían bajado de las copas al suelo para respirar el aire húmedo y conseguir los primeros brotes verdes, y una vez más la vida se impuso por un momento sobre la muerte, y el sol reinó sobre la tierra y mandó cubrir el cielo con un manto celeste, con un abrigo blanco al Illimani, y a las nubes las desplazó en pequeñas pinceladas blancas a los costados de los cerros.

Mara observó a través de los vidrios de la ventana el despertar de un nuevo día primaveral, y agradeció por el regalo que le daba la naturaleza a esa hora, luciendo sus mejores galas con sus colores rojizos, azules, pardos y marrones; de pronto un arco iris se formó entre el cielo y la tierra, y renació la kantuta boliviana, roja, amarilla y verde en el horizonte paceño, suscitando un suspiro largo...

Mara dejó el bolígrafo negro entre las hojas escritas que se hallaban sobre la mesa de roble del living; del gomero se desprendió una hoja nueva; el jazmín del escritorio trasminó su fragancia y su mirada se detuvo en uno de los cuadros que más le gustaba y que, en una de las paredes, lucía un amarillo relampagueante y un celeste infinito, con unos girasoles vivos y muertos que representaban la vida y la muerte misma, por cierto el cuadro de Van Gogh, que Alejandro Archondo, amigo entrañable, artista y pintor paceño, reprodujo para su amiga Mara.



Se acercó a la ventana para ver el majestuoso Illimani...

ÍNDICE

Primera Parte

Capítulo I	15
Capítulo II	21
Capítulo III	27
Capítulo IV	37
Capítulo V	47
Capítulo VI	59
Capítulo VII	71

Segunda Parte

Capítulo I	83
Capítulo II	91
Capítulo III	99
Capítulo IV	107
Capítulo V	113

Verdes esmeraldas, orquídeas negras, girasoles amarillos es una novela cuyo contenido transita entre lo imaginario, lo simbólico y lo real, entre lo consciente e inconsciente, entre diferentes discursos narrativos de los que pende la vida y la muerte, para recordar al gran Ovidio con una célebre sentencia oracular: “Nitimur in vetitum Semper cupimusque negata, sic interdictis inminet aeger aquis”, una fuerza oculta siniestra y desconocida nos arrastra contra nuestra voluntad, y una cosa aconseja el deseo, otra la razón, se ve lo que es mejor y sin embargo se hace lo peor.

Las fuerzas inconscientes tiran al sujeto humano de un hilo, quién como marioneta se somete a su propio inconsciente, amo de un goce siniestro que lo convierte en esclavo de sí mismo, por lo que su sino, su destino está trazado.

¡Qué sabe el pez del agua dónde nada toda su vida!

El ser humano en su naturaleza, siempre se lanza hacia lo prohibido y desea lo que se le niega; así en la obra Juan José acechó las aguas prohibidas y de aquello que creyó estar más lejos es de lo que estuvo más cerca.

La tragedia y la comedia se vislumbran como dos momentos, uno para recordar al ser humano su vulnerabilidad y otra para tomar lo más pronto posible la vida con responsabilidad, aunque esto represente dolor ante la falta y las diferentes pérdidas que se tienen que afrontar en el transcurso del vivir.





Rosario Alarcón Mondonio, nace en Sucre el 3 de octubre del año 1959; cursa los estudios primarios y secundarios en el Colegio Santa Ana de Sucre y los universitarios en la Universidad de Belgrano de la ciudad de Buenos Aires y la Universidad Católica de la ciudad de La Paz, llegando a obtener el título en la Licenciatura de Psicología. El 1° de Agosto de 1980, nace en Sucre su único hijo Marcelo Navía Alarcón.

Su permanencia de diez años en la ciudad de Buenos Aires de 1986 a 1996, le permitieron acercarse al psicoanálisis, en su orientación Freudiana y Lacaniana, a la vez que realizó estudios dentro del campo de la literatura, lingüística y la filosofía, nutriéndose de las enseñanzas de los grandes maestros de la humanidad.

En el año 2003 crea, junto a otros colegas de trabajo, la organización Semilla de Vida, asumiendo la Dirección y siendo la Representante Legal, cumpliendo una labor social en base a dos pilares fundamentales: Educación y Salud.

(...)

Ejerce como profesional independiente en el área clínica psicoanalítica interviniendo en casos de toxicomanías, bulimia, anorexia, depresión, autismo, problemas nerviosos y sexuales.

Es una investigadora perseverante en los campos de Psicoanálisis, Filosofía, Arte, Literatura y Ciencia. Desde el año 2006, se dedica a escribir como parte de un espacio creativo, que conlleva la experiencia, como maestra de un buen escribir. En este sentido el año 2010 escribe la novela Esmeraldas Verdes, Orquídeas Negras y Girasoles Amarillos y es Alejandro Archondo, artista paceño, amigo entrañable, que pone texturas a las palabras, tornándose la lectura de la novela más amena e interesante por la conjunción dentro del arte de la literatura y la expresión gráfica. El padre de Alejandro, Arturo Archondo Asch realizó la corrección del estilo “con mucho cariño”.

El año 2011, Rosario escribe la novela Muertos en Vida con una posible adaptación al teatro y próxima publicación.